

R E S E Ñ A S

ARQUEOLOGÍA Y ETNOHISTORIA

Vernon L. Scarborough y John E. Clark, editores, *The Political Economy of Ancient Mesoamerica: Transformations during the Formative and Classic Periods*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2007. xxxiii + 174 págs. Mapas, planos, cuadros, gráficas, notas aclaratorias, fotografías en blanco y negro y bibliografía. US\$ 45.00 (en tela), ISBN 978-0-8263-4298-0.

Este libro tuvo su origen en el año 2004, en un simposio de la Sociedad para la Arqueología Americana en honor a Barry Isaac. Aprendí mucho de este libro, aunque más del subtítulo —transformaciones— que del tema principal —economía política. De los once capítulos, el que trata de manera más directa el tema de la economía política es el que escribió la única autora que no es arqueóloga, Rhoda Halperin. Los aportes de Halperin habrían quedado mejor en el primer capítulo que en el último porque ella nos da un panorama sintetizado de los modelos y procesos económicos premodernos, relacionándolos con dos grandes sociedades mesoamericanas antiguas —los aztecas y los mayas clásicos. Ella defiende la perspectiva teórica de Karl Polanyi y disecciona las ideas de Polanyi para el lector porque cree que estas han sido mal interpretadas en los eternos debates entre “formalistas” y “sustantivistas”. Algo muy importante a mi juicio es que Halperin insiste en que las formas de “gerencia unidad familiar” son esenciales en los modelos económicos de las sociedades complejas premodernas. Raras veces se puede lograr un buen entendimiento de los procesos que se originan en la vida cotidiana de los hogares.

En los estados agrarios antiguos, ¿qué derechos sobre los recursos tenían los productores? Kimberly Berry y Patricia McAnany discuten esta pregunta en su resumen sobre las modificaciones de los humedales y la producción agrícola en el norte de Belice, especialmente en el Pantano de Pulltrouser, cerca del sitio de K'axob. Sus investigaciones recientes sugieren cambios a lo que tradicionalmente se ha entendido sobre el uso de la tierra pantanosa en esa región, especialmente en cuanto a su cronología, magnitud e implicaciones sociales. Aunque los humedales se usaron hace mucho tiempo, Berry y McAnany demuestran que ese uso se extendió mucho más allá del último período Preclásico. Esto contradice teorías previas que

sostienen que el uso de dichas tierras terminó entonces. Las modificaciones posteriores, en el período Clásico, parecen ser *ad hoc* y por aditamento, lo cual presupone que no hubo gestión ni de grandes grupos de trabajadores ni de la élite. Me pareció muy importante que insistieran en que la evidencia de la modificación de los humedales se interpretara de manera local y caso por caso, no generalizando esta práctica en todas las tierras bajas mayas. También es interesante su descripción de los hogares locales como altamente organizados, tanto para hacer producir la tierra como para la producción de artesanías.

Vernon Scarborough hace aseveraciones mucho más generalizadoras (y conocidas) acerca del uso y la importancia socioeconómica de los humedales; defiende su importancia generalizada y extendida por toda Mesoamérica, poniendo las tierras bajas mayas como su mejor ejemplo. Yo creo que Scarborough generaliza de manera inapropiada sobre el manejo de los humedales y sobre su impacto social, como lo hizo Karl Wittfogel acerca de los canales de riego, y creo que no toma en cuenta muchos de los problemas del manejo de las aguas en Mesoamérica. Su caso del control centralizado en el embalse de Tikal, y su consecuente impulso a la élite de poder, me parece increíble, especialmente a la luz de mis recientes estudios sobre las periferias de ese gran centro. Tal y como lo señaló Dennis Puleston hace mucho tiempo, había muchos sistemas “descentralizados” de captación de agua en las regiones interiores de Tikal; sin embargo, Scarborough no los menciona en su exposición. También hace algunos pronunciamientos desmesurados, los cuales yo no quisiera tener que defender de forma empírica: “las poblaciones humanas del Nuevo Mundo fueron siempre más grandes que las del Viejo Mundo en etapas comparables de su desarrollo cultural” (pág. 166).

Dos de mis capítulos favoritos son básicamente descriptivos. Phil Weigand ofrece una visión general lúcida y completa de la Tradición Teuchtitlán del último período Preclásico en el oeste de México. Él sostiene que la urbanización ya estaba avanzada ahí y que el centro regional alcanzó un estatus de estado mesoamericano antiguo. Sus resúmenes cronológicos y sus perspectivas sobre el desarrollo temprano de la agricultura basada en la chinampa resultan particularmente útiles. Gary Feinman y Linda Nicholas presentan una versión similarmente descriptiva e informativa de su intensa investigación llevada a cabo sobre la estructura de los hogares en El Palmillo, un gran sitio clásico ubicado en una cumbre del Valle de Oaxaca. El trabajo de Feinman y Nicholas es una corrección a las tendencias de ver la sociedad regional desde la perspectiva de una élite centrada en Monte Albán, tendencias que han dominado por mucho tiempo en la arqueología de la región. Ellos deducen que los detalles de la arquitectura residencial, la forma en que hacían los entierros y las marcas en los cuerpos son mejores pistas de diferenciación social que el ensamblaje de artefactos, y que había una diferencia de estatus en El Palmillo, lo cual indica que posiblemente había un sistema de dos clases. La producción y el intercambio estaban arraigados en los hogares y se resistían al control de la élite.

Robert Drennan y Mikael Haller hacen su contribución al libro con una reseña de las transformaciones de los asentamientos del Valle de Tehuacán, una región arqueológica bien conocida que nunca alcanzó mayor predominio político. Ellos nos recuerdan que es peligroso ignorar tales regiones “periféricas” y que existen muchas de ellas esperando a ser estudiadas. Se comparan modelos de “occupational density surfaces” en dos zonas estudiadas en Tehuacán con sus similares del Valle de México para evaluar la distribución de la comunidad y su interacción, así como el proceso de la centralización tanto política como espacial. Drennan y Haller muestran que, aun en un área tan pequeña como el Valle de Tehuacán, dichos procesos son bastante variables y son sujetos de cambios notables a lo largo del tiempo.

Dos capítulos tratan sobre los centros mesoamericanos más importantes. Jorge Angelo analiza las urbanizaciones antiguas de Teotihuacán anteriores a la construcción completa de los recintos ceremoniales centrales y la organización de las casas en un patrón cuadrículado, alrededor del año 250 d.C. Angelo postula que hubo considerables variaciones étnicas y lingüísticas en la Cuenca de México y sus alrededores y cree que varios arreglos bajo una coalición de jefes (mediante procesos como la exogamia de pueblos) fueron cruciales para la fundación y crecimiento de la ciudad. Lo más notable de su aporte es su análisis detallado de la antigua evolución urbana de Teotihuacán, especialmente a la luz de los recientes estudios de la Pirámide de la Luna. Robert Santley y Heather Richards aplican un “rank-size analysis” en comparar Matacapán y asentamientos aledaños en la región de Tuxtla en la costa de Golfo de México. El capítulo de ellos es uno de los más claramente orientados al aspecto económico, y es una adaptación de otros viejos modelos de asentamiento. Matacapán fue fundada como un enclave de Teotihuacán al principio del período Clásico y dominó en la región la mayor parte del flujo de obsidiana, piedra molida y sal. A medida que Teotihuacán se debilitaba, otros centros controlaron la economía del distrito de diferentes formas. Lo que me pareció impresionante es la marcada reducción de la población a finales del período Clásico, lo cual refleja de muchas formas lo que ocurrió en las cercanas tierras bajas de los mayas.

John Clark y Barbara Stark se refieren a los favoritos y perennes formativos, los olmecas. El capítulo de Clark, el más largo del libro, defiende y elogia a los olmecas de San Lorenzo como el primer estado de Mesoamérica que ejerció influencia breve pero importante sobre regiones distantes alrededor de los años 1300–1200 a.C. Para defender su idea (que uno llamaría fijación), él ofrece un detallado resumen de mucho de lo que ya sabemos sobre San Lorenzo, desafiando, cuando lo considera necesario, las conclusiones de Ann Cyphers, Stacey Symonds y otros arqueólogos de San Lorenzo. Sus argumentos se basan mucho en el uso de monumentos para clasificar con la metodología de “rank-size” los sitios de los olmecas y también se basa en la habilidad de los líderes olmecas para ejercer control gubernamental a distancia. La exposición de Clark es una combinación peculiar de exceso y limitación arqueológica. Él tiene mucho cuidado al interpretar ciertos tipos de

evidencia (por ejemplo, el caso de la especialización en artesanías), pero luego nos asegura que la “ciudad” de San Lorenzo, alrededor del año 1200 A.C., incluía “reyes, cortesanos, artesanos, pescadores, agricultores y esclavos” (pág. 24). Esto es realmente impresionante, tratándose de un pueblo que probablemente ni usaba el maíz como cosecha principal, sino que dependía mucho de los recursos silvestres! Muchos lectores tendrán sus reservas cuando Clark asevera que: “Alrededor del año 1300 A.C., en San Lorenzo había vestigios típicos de un estado que han sido ampliamente aceptados por tales por muchos arqueólogos, por lo que es seguro que dicho lugar tenía una condición de estado” (pág. 39). También los dejará perplejos el hecho de que alguien que de manera obsesiva atribuye la calidad de estado a San Lorenzo (los olmecas) nos reprenda diciendo: “preocupense menos por las viejas tipologías y concéntrense en las características de las antiguas administraciones de gobierno y sus historias particulares” (pág. 42). Esto es pues, otro torrente de controversia en el interminable debate acerca del estatus de los olmecas de la Costa del Golfo como civilización “fundadora” de Mesoamérica, un tema irresoluto que fascina a unos pocos arqueólogos y aburre a los demás.

Stark es mucho más circunspecta. Ella se enfoca más directamente en aspectos de la economía política y en la presentación de la élite en la fase posterior de la sociedad olmeca conocida como La Venta y sus consecuencias inmediatas. Sus argumentos sobre la dinámica de la materialización de la estructura social y la identidad de la élite están llenos de matices y se ocupa principalmente de la dinámica de ciertos tipos de símbolos u objetos con mucho contenido social —alfarería, algodón, jade, obsidiana— y de cómo algunos de estos objetos “escapan” del control de la élite y son sustituidos por otros. Una buena parte de su exposición incluye consideraciones detalladas sobre cierto tipo de artefactos que son cruciales en el debate sobre la calidad de estado “fundador” que se atribuye a los olmecas; por ejemplo, artefactos del estilo olmeca en las comunidades formativas de Oaxaca. El hecho de que San Lorenzo haya sido o no tan compleja y poderosa como lo asevera Clark, no es tan importante como el hecho de que el conjunto de símbolos (y posteriormente lo de La Venta) fue “interesante y útil” (pág. 61) para las élites emergentes en otras partes de Mesoamérica, cuyos sistemas, que eran relativamente abiertos, permitían incorporaciones selectivas.

Resumiendo, la virtud más importante de este libro es que varios capítulos ofrecen exposiciones condensadas y descripciones de importantes regiones mesoamericanas, proyectos de investigación y transformaciones culturales. Queda a juicio del lector el evaluar en qué medida el libro nos ilumina sobre economía política.

David L. Webster, Pennsylvania State University
dxw16@psu.edu
(Traducción de Benjamín Menjívar)

David Carrasco y Scott Sessions, editores, *Cave, City, and Eagle's Nest: An Interpretive Journey through the Mapa de Cuauhtinchan No. 2*. Albuquerque: University of New Mexico Press, 2007. xxi + 479 págs. Fotografías a color, grabados, mapas y dibujos lineales. US\$ 65.00 (en tela), ISBN 978-0-8263-4283-6.

El objeto de estudio de este valioso volumen es un mapa muy singular creado como pintura entre los años 1520 y 1555 en la ciudad de Cuauhtinchan, Puebla, México. Cuauhtinchan es famosa por su recopilación de mapas y manuscritos de la época colonial, la cual es particularmente inmensa. Y éste, el segundo de una serie de cinco mapas antiguos, es uno de los más relevantes ejemplos de dicha recopilación. El volumen parte del trabajo previo de Bente Bittman Simons, Keiko Yoneda, y Luis Reyes García y es el resultado de tres años de trabajo de restauración llevado a cabo por profesionales en México y una serie de reuniones interdisciplinarias bajo la coordinación de David Carrasco, a cargo del Moses Mesoamerican Archive de Harvard University, con la cooperación de la recientemente fallecida Ángeles Espinosa Iglesias, propietaria del mapa.

Luego de invitar a múltiples voces y concepciones metodológicas a la mesa de discusión, Carrasco y Sessions llegan al fin a un acuerdo. Dividen el libro en tres secciones. La primera, "Orientaciones en tiempo y territorio", resume las características principales del mapa en términos generales. La historiadora del arte Elizabeth Boone y la etno-historiadora Florine Asselbergs dan lineamientos claros y comprensibles para aquellas personas que no están familiarizadas con la narrativa y los temas del mapa. La arqueóloga Ann Clair Seiferle-Valencia explica las divisiones geográficas del mapa en cuanto a los conceptos político-espaciales de *altepetl* y *calpollí*. En un aporte maravillosamente detallado, la historiadora Ethelia Ruiz Medrano propone que las mismas familias nobles que patrocinaron la creación del mapa siguieron defendiendo sus tierras y posiciones a lo largo y después del período colonial; además, añade que los mapas de Cuauhtinchan pueden haber jugado un papel importante en ese proceso. Al final, el arqueólogo y astrónomo Anthony Aveni relaciona las fechas que aparecen en el mapa con fechas mencionadas en otros documentos de Cuauhtinchan, incluyendo fenómenos cósmicos conocidos, tales como eclipses y ciclos de eventos de la naturaleza semejante, espaciados en múltiplos de 52 años. A esas alturas, ya surgen los debates entre estos ensayos cuyas bases son aún generales. Por ejemplo, Asselbergs y Ruiz Medrano se contradicen directamente en cuanto a cuál facción noble de Cuauhtinchan creó el mapa, los pinomes o los nahuas. Sin embargo, ni los editores ni los mismos autores resaltan estas diferencias. De hecho, una característica particular del volumen es la manera en que los colaboradores hacen referencias positivas y recíprocas sobre sus aportes. En todo el volumen se percibe un sentido de colaboración respetuosa, dejando al lector la tarea de encontrar los puntos en debate.

La segunda sección, "Narraciones y rituales en las calles y a sus lados", se enfoca en las imágenes y en la iconografía compleja del mapa. Esta sección empieza

adecuadamente con una contribución de Keiko Yoneda, quien discute, mediante la narración del mapa, el papel de Itzpapalotl, una diosa guerrera chichimeca. Y, aunque no de manera explícita, Yoneda está de acuerdo con Asselbergs en el sentido de que el mapa puede haber sido creado de manera conjunta por artistas de Cuauh-tinchan de ambas facciones: los pinomes y los nahuas. Eleanor Wake difiere levemente de este punto de vista. Mientras que Asselbergs describe el mapa como una pieza más o menos sencilla de propaganda política nahua, Wake encuentra un tejido en capas de perspectivas en competencia: una celebración de las proezas de la facción ascendiente de los nahuas junto con una narración semi-cubierta mediante la cual un pintor pinome reafirma de manera sutil, pero clara, la herencia mixteca de su facción y sus derechos históricos a la autoridad y el territorio. Los etnobotánicos Robert Bye y Edelmira Linares presentan un fascinante viaje entre las plantas que aparecen en el mapa (un confortante receso para el lector no especializado que, a estas alturas, puede sentirse agotado por la proliferación de nombres de dioses, glifos y fechas sagradas). El historiador de las religiones Guilhem Olivier concluye con un análisis de las representaciones de atados sagrados que contiene el mapa, las cuales, en su opinión, se refieren a Quetzalcoatl, Mixcoatl, y/o a las Ceremonias de Fuego que marcan el cambio de una era a otra.

La tercera sección es la más atrevida y, en muchas maneras, la más gratificante. Bajo el título “Comparaciones y aproximaciones”, relaciona otras tradiciones de los nativos americanos con este mapa de México Central del siglo XVI. Osvaldo García Goyco vincula los árboles cósmicos del mapa con tradiciones de las Antillas, el Orinoco, la Amazonia, las tierras altas y bajas de los mayas y de los nahuas, lo cual es demasiado general para el gusto de esta historiadora, pero probablemente esto refleje el tipo de diferencias metodológicas que Carrasco y Sessions querían evocar. En mi opinión, la interpretación del mapa que hace el antropólogo Vincent Stanzione es aun más insinuante. Para él, se trata de una ruta o sendero de peregrinaje similar a los que él atravesó entre los maya tz’utujiles de Guatemala en la década de 1990. Para Jace Weaver y Laura Adams Weaver, ambos actualmente profesores de la literatura de los americanos nativos, las calles y los rituales también les hacen recordar los ritos iniciáticos masculinos que incluían peregrinajes y conocimiento profundo del paisaje en sus regiones de estudio. De igual manera, Dana Liebsohn hace eco de la idea de un difícil viaje que debe manejarse de manera ritual. Su interés principal, sin embargo, es la pregunta de cómo se maneja el aspecto perceptivo visual en el mapa a diferentes niveles. Para ella, esto requiere la comprensión de la visión de los mestizos del siglo XIX inclinados por la construcción de una nación, o la visión de los estudiosos del siglo XXI enamorados de cosas precolombinas. Liebsohn se pregunta: ¿Adónde corresponde la historia colonial de pérdida y dolor en medio de la cual se pintó el mapa?

Carrasco y Sessions concluyen el volumen con su propio ensayo sobre la importancia de Cholula en el mapa y en la historia mesoamericana. Ellos argumentan que los dos lados del mapa no se deben interpretar desde dos puntos de vista: en

términos míticos versus tiempos históricos. Para ellos, Cholula no es el fulcro geográfico sagrado del mapa —un lugar central— sino las encrucijadas del mapa, un lugar o punto medio. Tanto para los cuauhtinchantlacas, como para muchos otros mesoamericanos, esta ciudad antigua y centro de rituales era un lugar donde sus ancestros recibían poderes divinos y autoridad en su camino a las tierras asignadas por la divinidad. Por tal razón, el lado izquierdo del mapa da pistas sobre el viaje de búsqueda de los ancestros chichimecos de Cuauhtinchantlaca desde la cueva mítica de Chicomoztoc hasta Cholula, donde recibían investidura y “civilización”. El lado derecho del mapa indica los viajes subsiguientes que marcan ritualmente las tierras cuauhtinchantlacas de México central.

Aunque el *Mapa de Cuauhtinchan No. 2* es lo suficientemente impresionante por sí solo, los investigadores de las regiones mesoamericanas de los mayas y de los oaxaqueños encontrarán mucho interés comparativo en este volumen. Para bien de los estudiosos y profesores, cada día se hace más factible y común utilizar imágenes copiadas de alta calidad en dichos volúmenes. El recuadro independiente es del mapa original restaurado y fotografiado por un equipo dirigido por Marina Straulino, quien describe el proceso de restauración en su propio capítulo. En el volumen también se incluyen suplementos de reproducciones de algunas secciones del mapa y una reconstrucción digital del mismo. Con la muerte de la Sra. Espinosa, el destino del mapa es incierto. Se espera que pronto encuentre un lugar en un museo o en la colección de alguna biblioteca, donde otras personas puedan aprovechar este invaluable trabajo de restauración y conservación dirigido por Straulino. Mientras tanto, este volumen sirve como un buen sustituto.

Laura Matthew, Marquette University
 laura.matthew@marquette.edu
 (Traducción de Benjamín Menjívar)

HISTORIA

Luis Fernando Sibaja Chacón, *El cuarto viaje de Cristóbal Colón y los orígenes de la provincia de Costa Rica*. San José: Editorial Universidad Estatal a Distancia (EUNED), 2006. 168 págs. Mapas. 2850 Colones (Costa Rica); approx. US\$ 5.00, ISBN 9968-31-488-9.

Luis Fernando Sibaja es un reconocido historiador costarricense que por muchos años ha combinado sus investigaciones sobre historia colonial con la historia de los límites entre Costa Rica y Nicaragua. Su vasta obra ha tratado temas medulares y controvertidos para la historia de Costa Rica y de la América Central,

lo que hace que sus estudios mantengan gran vigencia en la actualidad. La obra aquí analizada forma parte de tres investigaciones que la Editorial EUNED y la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica han publicado con ocasión de haberse celebrado en el 2002 los 500 años del cuarto viaje de Cristóbal Colón a tierras centroamericanas.

El primer capítulo denominado “Ideas geográficas y motivaciones en el último viaje de Colón” abre con un análisis de la herencia tolemaica en las ideas que llevaron al navegante a las que llamó “Indias”. Punto seguido, revela la importancia que adquiere el istmo como eje interoceánico a raíz de la presencia de Colón y de las subsecuentes exploraciones de los españoles en la primera mitad del siglo XVI. Así mismo, se refiere a las presiones de la Corona española por buscar una vía hacia las Molucas para combatir la rivalidad con Portugal.

El inicio del *corpus* principal del libro se da en el segundo capítulo, “La Veragua de Cristóbal Colón como primer elemento en la integración territorial de Costa Rica”, en el cual expone acerca de los sitios visitados por Colón en 1502. Uno de sus principales puntos es la localización de Cariai, sitio que ha sido motivo de polémica. Sibaja, con base en el mapa de Alessandro Zorzi publicado en Florencia en 1508, confirma que los montes Semáthini, ahí anotados, corresponden actualmente a la serranía de Matama en el oeste de Limón. Se suma al análisis una detallada lectura de las fechas y las distancias recorridas por el almirante cuando arribó a la costa de lo que hoy es Costa Rica. También analiza los reiterados pleitos de la familia Colón por preservar el territorio de Veragua, la primera delimitación surgida a raíz de las demandas y las posteriores reubicaciones del territorio. Éste es un aspecto de fundamental interés puesto que las reiteradas remociones de Veragua incluían a las actuales repúblicas de Honduras y Nicaragua.

La temática abordada respecto a Veragua, Castilla del Oro y Nicaragua se vuelve más candente en el tercer capítulo “La vertiente de la Mar del Sur como segundo elemento en la integración territorial de Costa Rica”. Aquí es fundamental la comprensión de los límites que fueron configurándose en la primera mitad del siglo XVI; en particular, la delimitación de aquellos espacios comprendidos en el Mar del Norte y los que se incluían en el Mar del Sur. A partir del reconocimiento de este territorio, se dieron los primeros pasos para fundar una provincia que comprendiese el Pacífico sur del istmo. De hecho, Sibaja sostiene que: “El eje formado por Nombre de Dios y Panamá determinó que el límite de Veragua con Castilla del Oro se corriera desde el cabo Mármol (o tal vez desde el puerto de Retrete) hasta el río Chagres, también conocido desde el último viaje de Colón como río Lagartos” (pág. 57). Otro punto importante en la delimitación por el Mar del Sur fue la presencia de los hispanos entre 1519 y 1524, quienes exploraron buena parte del Pacífico, desde Panamá hasta el golfo de Fonseca. Desde ahí surgió la obsesión española por encontrar el “estrecho dudoso” en el área del golfo de Nicoya y el lago de Nicaragua. Se creó así una nueva provincia y por ende una nueva gobernación, por el Pacífico, lo que no dejó de causar problemas en la delimitación interoceánica,

dado que existían territorios en el Caribe y aún no se definían los del espacio sur. Según Sibaja, esta primera delimitación llevaría la jurisdicción del Pacífico desde el golfo Dulce hasta el istmo de Tehuantepec (pág. 66).

En este tercer capítulo, el autor nos introduce en un tema relevante: el de la fragmentación del istmo de una forma tan temprana como en el siglo XVI: “Una clave fundamental para entender la fragmentación en diferentes gobernaciones que sufre América Central en las tres primeras décadas del siglo XVI la tenemos en la posibilidad de la ansiada comunicación interoceánica, por medio de un estrecho” (pág. 71). Habiendo explorado y tomado posesión del golfo de Nicoya y del lago de Nicaragua, el próximo punto en la ruta interoceánica fue la provincia de Honduras; eso explica la presencia de Gil González Dávila en ese territorio y de otros tantos conquistadores que participaron en el proceso de dominación. Rescata las pretensiones de Nicaragua por tener un puerto en el Caribe de lo que ya se definía como Honduras-Higueras. De hecho, la fundación de Trujillo por el grupo de Francisco de las Casas en 1525, incidió en los límites que, hacia el norte, tendría la Veragua colombina, aunque el límite superior de Veragua se fijó un poco más al este, en Cabo Camarón.

Respecto a las políticas de poblamiento y de expansión desde Panamá, el autor se pregunta lo siguiente: ¿Por qué fue poblada Nicaragua y no Costa Rica? Una de sus principales respuestas fue la política de poblamiento seguida por Fernández de Córdoba, así como el reconocimiento del lago de Nicaragua y el río San Juan que permitieron abrir una ruta interoceánica. A esto se suman los excelentes resultados reportados en la exploración de Gil González Dávila en 1522, en cuanto al rescate de oro y a los datos adquiridos acerca de la población indígena (pág. 81). Después de creada la gobernación de Nicaragua en 1527, el Pacífico de lo que es hoy Costa Rica estaba dividido en dos vertientes: la occidental, que pertenecía a Nicaragua, y la oriental, que caía bajo la jurisdicción de Castilla del Oro (pág. 88).

El cuarto capítulo de esta obra concierne a “La fusión de las vertientes de la Mar del Norte y la Mar del Sur o integración territorial de Costa Rica”. En éste se desenvuelven las redes de dominación que fueron consolidando su poder a través de la lucha por los territorios estratégicos. Ya en la década de 1520 cuatro gobernaciones del istmo no tenían salida a los dos mares, sino a uno de ellos con La Veragua, y la gobernación de Honduras abarcando el Mar del Norte, mientras que por el Mar del Sur se extendían las gobernaciones de Nicaragua y Guatemala. De hecho, la pretensión de Diego López de Salcedo así como de su rival Pedrarias Dávila era la unión de las provincias de Nicaragua y Honduras. López de Salcedo avanzó hacia Nicaragua y fundó el breve Nuevo Reino de León. También Honduras pretendía fortalecer su salida al Mar del Sur; ante esa situación, la Corona envió un comunicado pidiendo información sobre los límites y puertos de Honduras en el Pacífico y los confines y puertos de Nicaragua en el Mar del Norte. Con esto se pretendía evitar problemas a las gobernaciones limítrofes (pág. 108). Para Sibaja,

éste fue un aspecto fundamental en la capitulación dada a Felipe Gutiérrez, quien estaba autorizado para la conquista de Veragua y sobre cuyos límites se haría una nueva interpretación.

Sibaja incursiona en un periodo fundamental y escasamente conocido de la época de la exploración y de la conquista española en el istmo centroamericano. Nos confirma que el carácter ístmico y las luchas subsecuentes por el dominio de los estratégicos espacios contribuyeron a la temprana fragmentación de lo que más tarde serían las provincias coloniales y, en gran medida, lo que es la América Central de hoy. Aunque el título del libro se refiera a los orígenes de la provincia de Costa Rica, éste adquiere sin lugar a dudas una dimensión centroamericana. Lo hace recurriendo a una gran cantidad de fuentes documentales y cartográficas; entre las más connotadas está el *Islario general de todas las islas del mundo* de Alonso de Santa Cruz.¹ En fin, éste es un libro intenso y riguroso que trata de una temática normalmente concebida desde perspectivas nacionalistas, interpretaciones que han dificultado aún más la plena comprensión de los primeros límites territoriales en el istmo.

Elizet Payne Iglesias, Universidad de Costa Rica
epaynei@yahoo.com.mx

Michel Gobat, *Confronting the American Dream: Nicaragua under U.S. Imperial Rule*. Durham, North Carolina: Duke University Press, 2005. xiii + 374 págs. Mapas, fotografías, cuadros, notas, bibliografía e índice. US\$ 24.95 (en rústica), ISBN 978-0-8223-3647-1.

Más que ningún otro centroamericano, Augusto César Sandino ocupa la posición de un icono como revolucionario quien luchaba en contra de la tiranía y de la opresión. Por ende, resulta desconcertante leer el juicio de Sandino en 1933, después de dirigir su campaña para expulsar de Nicaragua las fuerzas de ocupación estadounidense. Una dictadura, dijo Sandino, “es lo que necesita este país” (pág. 261). Esto es tan solo uno de los elementos, complicados y a veces contradictorios, que conforman la reacción de los nicaragüenses frente a la intervención de los Estados Unidos, que es el tema explorado por Michel Gobat en el libro *Confronting the American Dream*. Gobat llevó a cabo una profunda investigación archivística en Nicaragua y los Estados Unidos para producir un retrato minucioso de esta fase crítica en la historia nicaragüense, cuando la intervención directa de los Estados Unidos estaba en su apogeo. El libro ofrece, en particular, un esbozo detallado de la

¹ Alonso de Santa Cruz, *Islario general de todas las islas del mundo* (Madrid: Manuscrito de la Biblioteca Nacional, 1545).

oligarquía conservadora con base en Granada y cómo este grupo lidiaba con las contradicciones entre su inicial aceptación de la tutela estadounidense y su objetivo de largo plazo, el desarrollo soberano de la nación.

Gobat se propone explorar la respuesta nicaragüense al imperialismo estadounidense en todos sus aspectos, empezando con el trastorno político introducido con el filibusterismo de William Walker e incluyendo los cambios culturales asociados con las importaciones norteamericanas tales como revistas, películas y automóviles. El autor logra este objetivo por medio de una serie de capítulos de enfoque temático agrupados en cuatro períodos, los cuales corresponden a las fases distintas de este engranaje de los Estados Unidos con Nicaragua: 1849–1910, 1910–1912, 1912–1927 y 1927–1933.

Aunque el libro no esté enfocado exclusivamente en la élite granadina, en su centro está el análisis que ofrece Gobat de cómo este sector clave de la sociedad nicaragüense se transformó durante esta época. Entre las tendencias que se observan, Gobat subraya las divisiones y discordias entre la élite conservadora de Granada. Al principio, este grupo acogió con beneplácito la asistencia estadounidense para remover el presidente liberal José Santos Zelaya en 1909–1910, pero a los conservadores en general no les iba bien debajo de la “diplomacia del dólar” impuesta por los Estados Unidos. Durante la ocupación, muchos líderes conservadores empezaron a ver las campañas de democratización rural, dirigidas por los oficiales estadounidenses, como erosivas hacia su autoridad tradicional, y algunos de estos líderes adoptaron una ideología de corporatismo autoritario. Finalmente, mientras se profundizaba su desencanto respecto al control de los Estados Unidos, conservadores importantes buscaban emparentar su proyecto político con el general Sandino y su nacionalismo revolucionario, justo cuando los periódicos y políticos liberales criticaban cada vez más a Sandino. Al fin los oligarcas conservadores verían cómo sus planes para una gobernación autoritaria fueron apropiados y aplicados por el rival de Sandino, Anastasio Somoza.

En su análisis de la “diplomacia del dólar”, Gobat ofrece un panorama de sus efectos en la sociedad nicaragüense. Con una política que requería supervisión estadounidense de las finanzas nacionales pero que limitaba el ingreso de capital del norte, Nicaragua se vio aislada de cualquier beneficio que podría resultar de la diplomacia del dólar. Este período se destacaba por su estancamiento económico, de tal manera que los nicaragüenses de la élite llegaron a ver a “Wall Street” como una influencia “antimoderna”: “la fuerza que más impedía el desarrollo de Nicaragua” (pág. 133).

Al contrario, bajo la supervisión estadounidense Nicaragua experimentaba el “crecimiento sin desarrollo”. Al momento que otras élites centroamericanas disfrutaban del “baile de los millones”, utilizando el capital de los Estados Unidos para ampliar sus sectores agroexportadores y para construir la infraestructura de transporte necesaria, paradójicamente el sector más vigoroso en Nicaragua era la agricultura tradicional. La producción de maíz y ganado vacuno crecía en la forma de

exportación hacia los países vecinos, los cuales estaban expandiendo su cafcultura. Mientras tanto, los magnates del café en Nicaragua enfrentaban un período de reducción en el que su acceso al crédito estaba restringido: sus latifundios prácticamente dejaron de crecer y algunos ricos terratenientes hasta perdieron sus fincas. Por otro lado, los minifundistas con menores requisitos de capital podían crecer y aprovechar el espacio que se fue abriendo en el mercado.

Los efectos secundarios de la dominación norteamericana se reflejan en la reacción de la élite hacia la influencia estadounidense sobre los valores nicaragüenses, personificado por el grupo “Caballeros Católicos”. En un segmento muy interesante, Gobat describe cómo los nicaragüenses afrontaban el impacto de las prácticas culturales estadounidenses en su sociedad y cómo esta reacción se relacionaba con el surgimiento de ciertos arquetipos nacionales de Nicaragua. En particular, el autor muestra cómo en la última fase de la ocupación los líderes conservadores abrazaron el estereotipo rural arcaico del ganadero, haciendo de menos su papel actual como innovadores y empresarios.

Una peculiaridad del libro es la insistencia del autor en subrayar la existencia de un “proyecto nacional cosmopolita”, aun mientras reconoce que el modelo estadounidense para el desarrollo político, económico y cultural dominaba completamente el pensamiento de las élites nicaragüenses. Este énfasis sobre el “cosmopolitismo” de la élite insinúa un significado disminuido para el papel de los Estados Unidos, pero se contradice repetidas veces cuando el autor afirma la admiración y emulación nicaragüense de las costumbres estadounidenses.

Algunas aseveraciones de Gobat sobre este tema parecen infundadas —por ejemplo, cuando escribe que “el consumo de productos europeos y estadounidenses... no significaba que las élites nicaragüenses querían ser europeas o norteamericanas. Al contrario, los ricos consumieron ávidamente los bienes importados para afirmar una nacionalidad nicaragüense cosmopolita” (pág. 61). La atribución de este importante motivo a los innumerables actos de consumo cotidiano es algo dudoso. De igual manera, el tema del béisbol obliga a Gobat a pasar por ciertas contorsiones, ya que la emulación de prácticas estadounidenses implicada en el acogimiento de este deporte por parte de las élites nicaragüenses se tiene que reconciliar con su aserción de que este acogimiento en realidad fue motivado por su “búsqueda de una nacionalidad cosmopolita” (pág. 64). La curiosa declaración de que “la ocupación estadounidense de 1912–1933 contribuyó a la nacionalización del béisbol, proveyendo a los nicaragüenses una forma clave para mostrar sus sentimientos nacionalistas” (págs. 63–64) hace ver que el autor se está esforzando para sostener su argumento.

Sin embargo, a fin de cuentas estos puntos son solamente detracciones menores de lo que es realmente una exploración balanceada del impacto cultural del involucramiento estadounidense en Nicaragua, en términos de la sociedad consumidora formada por la dominación económica de los Estados Unidos y también los productos culturales nicaragüenses (como novelas), los cuales respondieron a la

influencia estadounidense. En resumen, el estudio de Michel Gobat ofrece una investigación amplia de las grandes consecuencias de la dominación estadounidense para el desarrollo de Nicaragua —político, económico, social, y también cultural— y, de forma persuasiva, vincula la historia nicaragüense más reciente con estos años formativos de la supervisión financiera y ocupación militar estadounidense.

Doug Tompson, Columbus State University
Tompson_Doug@colstate.edu

Mario E. Valdez Gordillo, *Desencuentro y encuentro de fronteras: el Petén guatemalteco y el sureste mexicano, 1895–1949*. Tuxtla, Gutiérrez: Universidad Inter-cultural de Chiapas y Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas, 2006. 322 págs. Mapas, cuadros, fotografías, anexos, bibliografía e índice. 100 pesos (Méx.) approx. US\$ 10.00, ISBN 968-5149-49-6.

Este libro es un buen pretexto para establecer un balance sobre los temas de investigación que hasta ahora han sido privilegiados en la investigación histórica sobre Guatemala. Un balance muy preliminar nos indicaría que una de las épocas y temáticas que más han sido favorecidas por los historiadores es la relacionada con el período de la reformas liberales promovidas a finales del siglo XIX y, en consecuencia, sobre los efectos transformadores que, en términos sociales, económicos y políticos, trajo consigo el desarrollo del cultivo del café. Y, lógicamente, sobre la incorporación de los territorios afectados por ese cultivo a la economía nacional. Sin embargo, es poco —o casi nada— lo que se conoce y se ha investigado sobre los procesos de incorporación a las dinámicas económicas nacionales de otros territorios del país. En ese sentido, es notoria la ausencia de estudios sobre los procesos de colonización e de incorporación económica promovidos en el departamento del Petén (Guatemala) durante las últimas décadas del siglo XIX y la primera parte del XX. No disponemos de información actualizada que nos permita entender qué ocurrió en ese espacio territorial, cuando en la zona de la bocacosta y en las Verapaces se impulsaba de manera consistente y con una fuerte interferencia estatal el desarrollo del cultivo del café. Llama la atención el silencio que los historiadores han guardado en torno a ese espacio y a los procesos de explotación maderera y chiclera allí ocurridos. Es indudable que la mayor parte de energías desplegadas en el ámbito historiográfico —nacional y extranjero— se han volcado al estudio del cultivo que convulsionó las estructuras sociales, económicas y políticas del país a partir de la década de los años 60 del siglo XIX, en detrimento de otras áreas y procesos económicos ocurridos simultáneamente en el territorio nacional.

El libro de Mario E. Valdez Gordillo que ahora se reseña constituye, afortunadamente, un aporte significativo y —hasta cierto punto— pionero en la búsqueda

da de nuevos conocimientos que nos permitan desentrañar las dinámicas ocurridas en un espacio territorial que, desde muchas perspectivas, ha permanecido al margen de la historia y la economía nacional. Un aspecto que merece ser destacado en este libro es el carácter comparativo que en él se plantea. Las “coincidencias” geográficas y económicas entre el territorio petenero y el sureste mexicano han sido exploradas de manera significativa por parte del autor, lo que nos permite tener una panorámica mucho más completa sobre lo ocurrido en ambos espacios; sometidos ambos en la misma época a procesos extractivos similares. “Coincidencias” que van más allá de lo geográfico, dado que los intereses financieros y económicos que promocionaron la explotación de dos de los recursos naturales más importantes que allí se localizaban —maderas y chicle— operaron de manera indistinta en ambos espacios. Se trataba de operaciones de capital bajo modalidades transnacionales pues funcionaban de manera indistinta en territorios nacionales distintos.

El autor organizó su trabajo en cuatro capítulos, en los que aborda una serie de aspectos que van dando cuerpo y sentido a su propuesta analítica que apunta hacia el desentrañamiento de las dinámicas promovidas por diversos intereses económicos, nacionales y extranjeros, con el propósito de extraer materias primas que en ese momento tenían una fuerte demanda en el mercado internacional. Dinámicas que, al mismo tiempo, fueron construyendo territorios concretos que fueron siendo marcados por el signo de la extracción y expoliación natural bajo una lógica puramente mercantilista. Su lectura, a veces un tanto abigarrada por la abundancia de datos, permite elaborar ideas, representaciones e interpretaciones sobre un tema que hasta ahora sólo ha sido abordado en gran medida por autores mexicanos, y para el territorio mexicano. En ese sentido, se constituye en un aporte significativo que permite entender mejor las complejas dinámicas desplegadas en el espacio territorial petenero, yendo de la mano con lo ocurrido en la vecina zona mexicana. El carácter comparativo de la obra permite apreciar la multiplicidad de intereses que se cruzaban a lo largo y ancho de las fronteras nacionales, dando lugar a la conformación de un espacio transnacionalizado en el que la presencia estatal, sobre todo guatemalteca, no era tan evidente.

Llama la atención, al menos del lado guatemalteco, la escasa atención prestada por el Estado hacia ese territorio y sus recursos durante ese período. Tal desatención permitió que las empresas madereras y chicleras operaran según sus propios criterios y sin mayores controles fiscales o laborales. No cabe duda que durante el período estudiado las fronteras entonces reconocidas —operativas— eran las establecidas por las diferentes empresas allí funcionando, no tanto las de carácter estatal. De hecho, podría plantearse que la construcción de la cartografía oficial, para el caso petenero, no estuvo desligada de la territorialidad implantada por esas empresas. Incluso, el autor propone que el arreglo definitivo de límites entre Guatemala y México estuvo influenciado por los intereses económicos que operaban en ese entorno territorial.

Por otro lado, el libro aporta información detallada sobre el tipo de operaciones de toda índole que estaban implícitas en los procesos de extracción de esos recursos. De la mano con esta información se encuentran datos que permiten conocer cómo esos espacios naturales se fueron paulatinamente afectando y transformando como resultado de la acción empresarial y de una serie de actores que entraron en juego en esos procesos.

Otro aspecto interesante de este libro es el diálogo, a veces polémico, que entabla con otras obras y autores que han abordado, directa o indirectamente, las temáticas de la incorporación de esos territorios a las economías nacionales de ambos países, así como de la construcción de la frontera guatemalteco-mexicana, telón de fondo de esta investigación. Los cuestionamientos que hace a otros trabajos se sustentan en análisis en los que se cruza, enfrenta y confronta información y perspectivas analíticas. También es importante destacar la periodización que el autor aporta, dado que permite seguir el proceso que bajo las lógicas económicas con las que operaban las empresas chicleras y madereras se fue desarrollando en esos territorios. Para el caso guatemalteco, es interesante constatar la escasa impronta estatal en los mismos.

El desentrañamiento de los procesos de construcción de la territorialidad, más allá de la manera tradicional de entender ese concepto, constituye el aporte más significativo de este libro. En ese sentido, la discusión que sobre esa temática despliega el autor en su trabajo en términos teóricos y metodológicos es una invitación para continuar explorando esa perspectiva analítica.

Gustavo Palma Murga,
Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales (AVANCSO), Guatemala
ariosto_28@yahoo.com.mx

Erik Ching, Carlos Gregorio López Bernal y Virginia Tilley, *Las masas, la mantanza y el martinato en El Salvador: ensayos sobre 1932*. San Salvador: UCA Editores, 2007. xxxiv + 230 págs. Fotografías en blanco y negro, un cuadro estadístico, índice analítico y glosario. US\$ 14.00, ISBN 978-99923-49-86-1.

Desde el fin de la guerra civil en 1992, hemos visto un agudo crecimiento en la producción académica sobre la historia de El Salvador, tanto por intelectuales salvadoreños como extranjeros. Los eventos de 1932 han sido uno de los temas privilegiados. La presente colección de ensayos reunidos por Erik Ching, Virginia Tilley y Carlos López Bernal, además de ser una valiosa contribución al creciente cuerpo historiográfico, pone de manifiesto lo anteriormente dicho. Reuniendo obras ya publicadas en inglés por los autores estadounidenses Ching y Tilley, con un

ensayo escrito por el historiador salvadoreño López Bernal, el libro es un modelo a seguir por la ruptura con muchos esquemas interpretativos. El lector agradece tanto la colaboración de los académicos salvadoreños (vemos que muchos salvadoreños están publicando en periódicos en el idioma inglés) y el compromiso de los académicos estadounidenses de publicar en español.

Los primeros tres capítulos —dos escritos por el historiador estadounidense Erik Ching y la politóloga Virginia Tilley— desafían argumentos tradicionales o conclusiones sobre 1932: que el levantamiento era, en su carácter fundamental, fruto de un movimiento comunista; que los indígenas desaparecieron tras la matanza; y que la base del martinato fue, sobre todo, un poder represivo y centralizado. Los primeros dos argumentos, y posiblemente el tercero, son compartidos por narrativas nacionalistas de la derecha y la izquierda salvadoreña. El primer ensayo, escrito por Ching, pone en duda la importancia singular del comunismo como ideología y el papel del Partido Comunista Salvadoreño (PCS). Basándose en información sobre el partido y la izquierda salvadoreña en el archivo del Comintern en Moscú (no accesibles antes de la caída del muro de Berlín), Ching pinta un PCS dividido, desorganizado y débil, sin la capacidad de aglutinar a los indígenas y campesinos en el occidente del país. Esa falta de capacidad se fue agudizado por la ausencia de una estrategia dirigida no sólo a los campesinos sino también a la gente pobre del ámbito rural del occidente como lo fueron los indígenas (y católicos), y no sólo los campesinos.

El segundo capítulo, escrito por Ching y Tilley, busca desmentir la creencia, muy fuerte y común, que después de la matanza los sobrevivientes indígenas del occidente dejaron de ser “indígenas” y se hicieron “campesinos”. Su argumento se fundamenta en el análisis de datos del registro civil que, según los autores, indica que la natalidad indígena en el occidente (sobre todo los departamentos de Sonsonate y Ahuachapán) no disminuyó en los primeros años después de la matanza, y en algunas áreas parece haberse incrementado. Consideran también que el gobierno y los militares no reprimieron a la cultura indígena, como muchos creen, sino apoyaron, hasta ciertos límites, algunas comunidades indígenas en nombre del mantenimiento del orden social. Los dos capítulos juntos revelan la complejidad que las explicaciones convencionales no proporcionan, pero cada respuesta deja nuevas dudas. ¿Están dejando una explicación reduccionista (la “causalidad comunista”) por otra, en forma de la causalidad étnica?, ¿puede separarse una conciencia o identidad indígena, en aquellas décadas, de la identidad política campesina/obreira? y ¿podemos hablar de una homogenización étnica en toda la zona del levantamiento? Los autores no han estado obligados a contestar o resolver estas dudas, pero las conclusiones de los primeros dos ensayos parecerían evitar, descontar o excluir las preguntas.

En el tercer capítulo, sobre el martinato, Ching demuestra con claridad y evidencia convincente que el gobierno de Martínez dependió de un sistema de

clientelismo, lo cual le hizo fuerte en algunos aspectos mientras lo expuso a riesgos en otros. Por medio de un análisis de documentación del Ministerio de Gobernación en el Archivo General de la Nación de El Salvador (AGN), Ching detalla una red en la cual todos “debían algo a un patrón que estaba por encima de ellos” (pág. 167). Según Ching, el sistema de clientelismo, junto con varias reformas políticas dirigidas a la incorporación de sectores obreros y campesinos, abrió un espacio, aunque limitado, dentro del cual varios actores de los sectores populares podían intervenir e influir. Este argumento pone en duda las interpretaciones convencionales de la supuesta influencia total de las élites y el poder absoluto del gobierno militar de Martínez. Más bien, el ensayo de Ching se enfoca en los procesos de persuasión y negociación; un cambio teórico que sustituye un enfoque basado en la coerción por un enfoque basado en la construcción de un consenso que, sin duda, favorecía a las élites.

El último capítulo de la colección, escrito por Carlos López Bernal, sale de la tradición desmitificadora, analizando no tanto los hechos de los eventos sino los usos políticos e históricos que se han hecho de ellos y las condiciones dentro de las cuales han surgido varias interpretaciones de la historia. Observa que la derecha no se ha dedicado a producir una historia oficial, en forma de textos historiográficos. En lugar de eso ha difundido una ideología anticomunista, basada en una historia mítica, por los medios de comunicación y el adoctrinamiento de los cuerpos militares y paramilitares. El análisis de López Bernal demuestra en una forma convincente que el anticomunismo de la derecha salvadoreña funciona como un discurso milenario, efectivamente religioso, cuya “verdad” es independiente de hechos comprobables o condiciones objetivas. No necesita, por ejemplo, que haya un Partido Comunista existente, como fue el caso durante las tres décadas después de la matanza; ni toma en serio el hecho de que, en la actualidad, el comunismo de la guerra fría realmente no existe ni tiene posibilidades de existir como en sus mejores épocas. Por otro lado, la izquierda se ha dedicado a producir una historia radical (Mármol/Dalton, Marroquín, Menjívar y otros) que pudiera contradecir a la historia oficial, que paradójicamente no existe. En este proyecto, la izquierda trabaja con los mismos términos e imágenes que la derecha, y como López Bernal lo dice, la izquierda salvadoreña tiene un déficit de símbolos.

El análisis de López Bernal ilustra con mucha efectividad el sencillo dictum que nos señala que el pasado no es pasado; sólo existe en memorias y representaciones y siempre es sujeto de conflictos culturales, políticos e ideológicos. De hecho, su ensayo hubiera servido muy bien como introducción al volumen, señalando qué tan complejo es, en realidad, un proyecto desmitificador que busca resolver el pasado.

Brandt Gustav Peterson, Michigan State University
peter699@msu.edu

ESTUDIOS POLÍTICOS Y TRANSNACIONALES

Arturo Arias, *Taking Their Word: Literature and the Signs of Central America*. Minneapolis-London: University of Minnesota Press, 2007. xxiii + 299 págs. US\$ 67.50 (en tela), ISBN 978-0-8166-4848-1 y US\$ 22.50 (en rústica), ISBN 978-0-8166-4849-8.

América Central es una región con una historia milenaria y una rica composición multiétnica y multilingüe que se caracteriza por sus innumerables contradicciones. Si bien generalmente se celebra que la región alberga la cuna de la civilización maya, sus descendientes se enfrentan cotidianamente al racismo y la marginalización política; la región es rica en recursos naturales, pero las mayorías viven en la extrema pobreza. Desde mediados del siglo xx, la región ha soportado dictaduras, guerras civiles, desastres naturales y constantes flujos migratorios internos y hacia el norte que han marcado toda una experiencia histórica hasta hoy incomprendida, a pesar de la existencia de una producción textual que ofrece importantes contribuciones a la historia (latino)americana. De hecho, esta producción textual se encuentra al margen de otros centros metropolitanos del continente como México y Argentina, así como también de los “Latina/o Studies” en la academia norteamericana. En su nuevo libro, *Taking Their Word*, Arturo Arias busca revertir esta situación de doble marginalidad —“marginality of marginality” (pág. 5)—, autorizando un lugar de enunciación propiamente centroamericano. Su objetivo, a través de un análisis crítico de novelas, relatos, testimonios, ensayos y poesía, es dar luz a una experiencia que ha contribuido a definir varios campos de estudio en la academia norte y suramericana.

Arias sitúa su discusión dentro de la coyuntura de la globalización, la recién finalizada experiencia fratricida en países como Guatemala, Nicaragua y El Salvador, la constante migración hacia el norte y el surgimiento de nuevos actores sociales como el movimiento maya en Guatemala y el sujeto centroamericano-americano en los Estados Unidos. La primera parte del libro, titulada “The Outcasts of Global Citizenship”, incluye tres capítulos que estudian la novela centroamericana desde la década de 1960 hasta la época de la posguerra en la década de 1990. El primero de éstos compara la narrativa centroamericana producida durante la lucha armada con la de posguerra. Mientras que la novela de la década de 1970 era sinónimo de la revolución, usando el lenguaje como arma intelectual para los proyectos emancipadores, la literatura de posguerra se caracteriza por una intoxicación con la utopía revolucionaria que “has given way to a heavy hangover” (pág. 22). El capítulo incluye análisis de obras como *Cenizas de Izalco* (1989) de Claribel Alegría y Darwin Flakoll, *Pobrecito poeta que era yo* (1976) de Roque Dalton, *Margarita está linda la mar* (1998), *Mil y una muertes* (2004) de Sergio Ramírez y *La mujer habitada* (1998) de Gioconda Belli.

El segundo capítulo se concentra en un genial análisis de *Mulata de tal* (1963) de Miguel Ángel Asturias como una obra que, además de presentar un lenguaje innovador característico de la narrativa del llamado *post-boom*, inscribe una transgresión erótica que implica una masoquista recodificación simbólica de la experiencia política guatemalteca de esa época (pág. 41). El último capítulo de esta parte problematiza la representación de la identidad cultural en América Central en novelas como *El asma de Leviatán* (1990) de Roberto Armijo y *El último juego* (1997) de Gloria Guardia, y concluye con una sección sobre el surgimiento de una nueva “ciudad letrada” maya en Guatemala. Arias analiza obras como *El tiempo principia en Xibalba* (1985) de Luis de Lión, *La otra cara* (1992) de Gaspar Pedro González y *Las aventuras de Mr. Puttisson entre los mayas* (1998) de Víctor Montejo. Esta literatura maya, contrario a Guardia y Armijo, “demuestra una contradecación fuerte y sustancial a la discursividad ladina. La textualidad maya le permite a los actores subalternos readquirir un sentido actualizado de su mundo desde dentro de los confines de la literatura” (pág. 78).

Los cuatro capítulos de la segunda parte, “Forever Menchú”, se concentran en la controversia sobre el famoso testimonio de Rigoberta Menchú y Elizabeth Burgos, *Me llamo Rigoberta Menchú y así me nació la conciencia* (1983) con la publicación de libro de David Stoll, *Rigoberta Menchú and the Story of All Poor Guatemalans* (1998). Arias inicia esta parte problematizando la naturaleza del testimonio como género y su relación con el subalterno a modo de extraer la contribución de *Me llamo Rigoberta Menchú* a los debates y discusiones sobre etnicidad, los estudios culturales, postcoloniales y subalternos en la academia norteamericana. En otro capítulo analiza los diferentes protocolos de interpretación del testimonio en los Estados Unidos y América Latina, así como también las implicaciones políticas de la lectura de Stoll sobre el texto de Menchú. Los otros dos capítulos problematizan las reduccionistas lecturas que Stoll hace sobre la relación de Menchú con el Ejército Guerrillero de los Pobres (EGP) y la quema de la embajada española en 1980. Arias provee una rigurosa y convincente relectura de estas discusiones mostrando las inconsistencias del argumento de Stoll y de cómo éste omitió evidencia que antecede su investigación sobre la quema de la embajada, incluyendo el entonces inédito manuscrito de Máximo Cajal —el único sobreviviente del trágico evento—, la izquierda guatemalteca y los numerosos debates internos sobre la llamada “cuestión indígena”. Arias concluye que el antropólogo estadounidense marginó y manipuló intencionalmente la información sobre estas discusiones con el objetivo de desacreditar a Menchú, a su padre, a las víctimas de la quema de la embajada y dar un golpe a la izquierda guatemalteca (pág. 160).

La tercera parte, “Immigration, Diaspora, and Globalization”, está dividida en tres capítulos. El primero de éstos se enfoca en el movimiento maya guatemalteco como un nuevo actor social que está redefiniendo al Estado nacional con sus demandas. Arias ofrece una minuciosa descripción de sus actores políticos, sus contribuciones y las adversidades que el movimiento enfrenta dentro de una na-

ción guatemalteca donde el mundo hegemónico de los ladinos no toma en serio al movimiento puesto que éste desafía “el Proyecto Ladino de rearticular su subjetividad postguerra como un triunfo de la interculturalidad periférica ‘de color’” (pág. 181). Los últimos dos capítulos analizan la presencia del sujeto centroamericano en el ámbito anglosajón y el surgimiento de una nueva subjetividad “Centro Americana-Americana”. Arias habla sobre el bagaje cultural —muchas veces traumático— que muchos inmigrantes centroamericanos traen consigo en su travesía hacia los Estados Unidos, lo cual nos obliga a pensar en una experiencia cultural diferenciada. Es decir, las experiencias de genocidio, racismo y marginación que han obligado a miles de centroamericanos a salir de sus países son diferentes de las experiencias de inmigrantes de los países caribeños o de México. Categorías como “exilio”, “frontera”, “diáspora”, en este sentido, para los centroamericanos adquieren una connotación particular y diferente de los primeros: “los recién llegados tienen que lidiar no sólo con el trauma de familiares muertos o aldeas arrasadas y la angustia de ser confundidos con los mexicanos, lo cual los priva de su identidad particular, sino también con el trauma conocido por todos los grupos de inmigrantes: aprender un idioma nuevo y una cultura nueva, afrontar la separación de sus seres queridos y soportar el resentimiento de una población hostil, en este caso incluyendo la población ladina” (págs. 198–199).

No cabe la menor duda que *Taking Their Word* se encausa como un clásico y una lectura obligatoria para el lector interesado en América Central, los estudios culturales y poscoloniales en el contexto latinoamericano y anglosajón. Es un valioso aporte crítico que se mueve en varios terrenos disciplinarios, con planteamientos innovadores que ofrecen un necesario cuestionamiento sobre existentes campos de estudio que han marginado toda una experiencia centroamericana, inscrita en un corpus textual del cual mucho podemos aprender.

Emilio del Valle Escalante, University of North Carolina at Chapel Hill
edellvall@email.unc.edu

Mark B. Rosenberg y Luis G. Solís, *The United States and Central America: Geopolitical Realities and Regional Fragility*. New York: Routledge, 2007. xviii + 128 págs. Índice, cuadros y notas aclaratorias. US\$ 125.00 (en tela), ISBN 0415958342 y US\$ 29.95 (en rústica), ISBN 0415958350.

Desde que finalizó la Guerra Fría, los investigadores han puesto poca atención a la naturaleza cambiante de las relaciones entre los Estados Unidos y América Central. Mientras que la Guerra Fría creó un paradigma dominante de la política estadounidense en la región, las relaciones en la época posterior no han sido fácilmente definidas. En este libro, Mark Rosenberg y Luis Solís tratan de presentar un

marco analítico para comprender las relaciones entre los Estados Unidos y América Central en la era post Guerra Fría. Este marco de análisis toma en cuenta tanto la dinámica política cambiante del istmo como la evolución de las prioridades en la política exterior de los Estados Unidos.

El libro inicia con una breve reseña histórica de las relaciones entre los Estados Unidos y América Central, con especial énfasis en el período de la Guerra Fría. Los autores sostienen que dichas relaciones se han caracterizado por ciclos de intervención y desatención, un patrón que surge a finales del siglo XIX. Desde entonces, los Estados Unidos han intervenido de vez en cuando en la región para proteger importantes intereses nacionales, como quiera que se definan; y en otras circunstancias han relegado el istmo a sus mínimos niveles de importancia. Uno de los temas relacionados que los autores identifican es la alternancia entre “predominio hegemónico” y “autonomía relativa”. Aunque los períodos de desatención han sido menos y más cortos, han permitido espacios importantes para una creciente autonomía en el desarrollo de la política local y exterior. Sin embargo, las variaciones del interés y de la intensidad de la política de Washington en la región han tenido un impacto profundo en las relaciones entre América Central y los Estados Unidos, obstaculizando el surgimiento de políticas de desarrollo coherentes y ocultando la naturaleza de las crisis del istmo. Esto es particularmente frecuente durante los períodos de lo que los autores llaman “predominio hegemónico”, cuyo mejor ejemplo puede ser la era de la Guerra Fría. La llamada “rollback policy” asociada con la Doctrina de Reagan respaldaba las soluciones militares para las crisis políticas, y a menudo ayudaban a prolongar los conflictos con su apoyo a los crueles regímenes militares mientras hablaban de apoyo a los procesos electorales democráticos. En contraste, la decadente amenaza de la Guerra Fría y la elección de George H. W. Bush trajeron consigo una era de “autonomía relativa”. El vacío creado por el decreciente interés de los Estados Unidos en la región a finales de la década de 1980 fue llenado por otros actores estatales y no estatales en un esfuerzo por promover paz y estabilidad en la región. Los años de la administración Clinton también se caracterizaron por un período de autonomía relativa, donde los gobiernos de la región se volvieron cada vez más independientes en cuanto a su política doméstica y exterior. Una nueva orientación hacia Europa y Taiwán en cuanto a inversión y desarrollo cambió el papel que jugaron previamente los Estados Unidos en América Central.

Este ciclo de desatención duró hasta los eventos del 11 de septiembre de 2001, cuando la naturaleza de las relaciones entre los Estados Unidos y América Central se re-definió debido a la preocupación de los Estados Unidos por nuevas amenazas a la seguridad. El cambio en las políticas de seguridad de los Estados Unidos representó la primera tendencia clave en las relaciones post “9-11”. La “Guerra contra el terrorismo” impulsada por los Estados Unidos coincidió con las preocupaciones de los gobiernos de la región por los altos índices de criminalidad. Los gobiernos de la región asignaron cada vez más responsabilidades policiales a sus fuerzas militares para enfrentar el problema, y el ambiente post 9-11 les permi-

tió capitalizar, para sus propios propósitos, las preocupaciones de los Estados Unidos por la seguridad. Tal y como lo indican los autores, la re-militarización del istmo y la nueva agenda de seguridad amenazan con crear otra vez la dinámica de la Guerra Fría y potencialmente desestabilizar las frágiles democracias de la región.

La segunda tendencia clave que los autores identifican en la era post 9-11 es el aumento de los llamados “asuntos intermésticos” en las relaciones Estados Unidos-América Central. Los autores presentan un estudio de caso sobre el Tratado de Libre Comercio Estados Unidos-América Central (CAFTA, por sus siglas en inglés) como una prueba del aumento de las políticas intermésticas de los Estados Unidos. Dicho estudio permite ilustrar las crecientes características transnacionales de las relaciones entre los Estados Unidos y América Central. La proliferación de actores e intereses que han acompañado la transición a la democracia en la región han ido cambiando el discurso de las relaciones entre los Estados Unidos y América Central. Aunque el estudio de caso tenía la clara intención de referirse a la política económica exterior de la administración Bush, otros estudios de caso sobre otros temas, particularmente sobre los nexos entre drogas, terrorismo y pandillas o sobre migración, podrían haber ilustrado de mejor manera los asuntos intermésticos como la agenda de seguridad post 9-11, especialmente en el sentido de que los autores sostienen que la nueva época esté orientada a la seguridad. Dicho eso, el estudio sobre el Tratado de Libre Comercio, ofrece un análisis profundo de un tema ampliamente discutido pero raras veces analizado.

Al final del libro se presentan seis lecciones sobre la naturaleza de las relaciones entre los Estados Unidos y América Central y una evaluación pragmática de la naturaleza emergente de dichas relaciones. La naturaleza asimétrica de tal relación no presenta probabilidades de cambio, aunque el aumento de los asuntos intermésticos va a definir la agenda cada vez más. Mientras que la agenda actual para la seguridad de los Estados Unidos amenaza con desviar la atención y ocultar la naturaleza de los problemas socio-económicos apremiantes en la región, los autores nos recuerdan que los líderes de la región tienen la responsabilidad de evitarlo. Los autores sostienen que dichas relaciones sólo pueden mejorar si hay un “reconocimiento de las quejas mutuas” (pág. 105) y si se desarrolla una agenda política coherente y mutuamente beneficiosa. Esto debe ir acompañado de una disposición a reconocer los verdaderos desafíos que aún caracterizan al istmo.

El libro ofrece una visión general y concisa de las relaciones entre los Estados Unidos y América Central en la era post Guerra Fría, pero por su brevedad no incluye una discusión profunda y detallada de aspectos importantes. Una discusión más a fondo de las implicaciones de la re-militarización y de los recientes intentos de los Estados Unidos de influir en los resultados electorales en la región ayudaría a reforzar la frágil naturaleza del nuevo orden político en la región y la disposición, si es que existe, de las élites de poder para subvertir las normas democráticas. La creciente naturaleza transnacional de la sociedad centroamericana, la migración y las remesas también merecen un análisis más profundo. Cualquier

reforma sobre inmigración que se contemple en los Estados Unidos tendría un impacto profundo en América Central y podría ser potencialmente desestabilizadora. Como podemos ver, los autores nos han dado un marco de referencia práctico para comprender los vaivenes de las relaciones entre los Estados Unidos y América Central, el cual puede ser ampliado por otros expertos.

Christine Wade, Washington College (Maryland)
cwade2@washcoll.edu
(Traducción de Benjamín Menjívar)

Xiomara Avendaño Rojas, *Elecciones indirectas y disputa de poder en Nicaragua: el lento camino hacia la modernidad*. Managua: Lea Grupo Editorial, 2007. 300 págs. Anexos y cuadros. US\$ 8.00, ISBN 978-99924-77-01-4.

Como su nombre lo indica, este libro analiza el tema político más importante del siglo XIX en América Latina: la difícil transición del antiguo régimen a la modernidad. El libro, como lo han hecho otros para otros países de América Latina, deja clara la dificultad que hubo en Nicaragua por establecer un gobierno representativo moderno porque las prácticas del antiguo régimen se fusionaron con las prácticas modernas. Resulta evidente entonces “la mezcla de la teoría liberal con la teoría del pactismo estamental” (pág. 12) y, aunque aparece la teoría liberal de la resistencia a la opresión y el concepto de representación, la representación no es de individuos sino de redes familiares y de notables.

Avendaño pertenece a la nueva generación de historiadores centroamericanos que, dotados de una preparación teórica adecuada y una investigación minuciosa de los temas que trabajan, comienzan a producir una historia política e intelectual de gran nivel. Nos presenta de manera clara la institucionalidad del antiguo régimen y la surgida de las reformas borbónicas y la Constitución de Cádiz para mostrar un análisis impecable del sistema electoral indirecto nicaragüense; sistema que de Cádiz se perpetúa en la Constitución Federal de 1824 y las constituciones nicaragüenses de 1826, 1838 y 1858 y que perduró hasta 1894 con el inicio de la llamada “reforma liberal”. Lo más novedoso del análisis es la constatación del movimiento de la ciudadanía ampliada de la Constitución Federal de 1824 a una ciudadanía más restringida a los propietarios (censitaria) a mediados del siglo XIX. Al fracasar el desarrollo de la libertad individual, se consolidó un concepto de ciudadanía censitaria a partir de 1858. Y dicha ciudadanía no estaba asentada en el individuo sino en la representación de los municipios heredada de las reformas borbónicas que se organizaban a partir de redes familiares de grandes propietarios, dirigidas por un caudillo y exigían la unanimidad. Es claro que en este sistema se ha superado el concepto de soberanía absoluta monárquica y se ha pasado a un

concepto de soberanía surgida de los pueblos pero sin llegar a ser plenamente el concepto de soberanía basado en los individuos.

El sistema electoral da lugar también al análisis de la representación basada en la familia, la red de familias y su líder al cual se adhieren las diferentes lealtades. Esto explica que no existan partidos políticos modernos sino hasta finales del siglo XIX, y que la política sea dirigida por los caudillos. Citando a François-Xavier Guerra, Avendaño afirma que “[p]ara las elites latinoamericanas, hasta bien entrado el siglo XIX, el verdadero pueblo no existe todavía...” (pág. 197). Es esta visión elitista de la forma de gobernar y la división política exagerada la que da lugar al caudillismo nicaragüense que se extiende hasta la actualidad. La tendencia creciente a la restricción de la ciudadanía no sólo afectó a los que no eran propietarios y no sabían leer y escribir. Más importante es lo que revela el libro: la forma de marginación de la población indígena, coartándoles el derecho de organización municipal y de ciudadanía otorgado en la Constitución de 1812, la Federal de 1824 y las constituciones nicaragüenses de 1826 y 1838. Las restricciones a la organización municipal indígena comenzaron en 1847 y se reafirman en la ley para elecciones municipales de 1853, donde se restringe el derecho de los indígenas a elegir su propio gobierno municipal. Según Avendaño, eso se hizo en vista de eliminar el control indígena de las tierras ejidales, comunales y cofradías, así como el derecho al sufragio de los indígenas. Este tipo de medidas políticas fue generalizado en toda América Central para la época.

El libro da pie a una mejor comprensión de la división de Nicaragua a lo largo del siglo XIX en un polo occidental dominado por León y uno Oriental dirigido por Granada. Esta división fue propiciada por el crecimiento económico y cultural de los granadinos que los llevó a retar en influencia a la vieja capital india de León. Esta división provocada por la disputa de la hegemonía política dentro de una cultura intolerante generó la denominación de una Granada conservadora vs. un León liberal. El libro relativiza y supera dichas denominaciones. Y eso hay que relativizarlo ya que de otra manera en el período definido como de anarquía anterior a 1857 no nos podemos explicar cómo la supuesta conservadora Granada realizara un levantamiento por un gobierno autónomo en 1811 y 1812 y que no se pronunciara a favor de la Anexión a México en 1821. Por el contrario, la supuesta ciudad liberal de León colaboró para aplastar a Granada en apoyo de José de Bustamante y fue pronta en anexarse a México. El libro da pie para trascender la supuesta división de Nicaragua en un oriente conservador y un occidente liberal. Avendaño demuestra que el sistema electoral y las prácticas electorales fueron las mismas en todo el territorio y que en el llamado territorio liberal no se desarrolló el voto individualizado. Es llamativo que grupos llamados conservadores y liberales existieron en todo el territorio y que tendieron a fusionarse.

Este problema se debe entender a la luz del concepto de “tradicción” desarrollado en Nicaragua. Las prácticas del antiguo régimen que se señalan en el libro pertenecen a la época borbónica y desean modernizar el sistema sin perder el con-

trol político del monarca y de las élites. Esta visión elitista es típica incluso del liberalismo de la época que se opuso férreamente a la extensión de la ciudadanía a los sectores populares. Esto nos lleva a pensar que lo que se define como tradición en Granada tiene fuertes componentes de modernidad y en particular en los aspectos económicos como se observó en líneas anteriores. Esto queda constatado al observar que son los llamados conservadores los que comienzan políticas típicas de las llamadas reformas liberales: la exclusión de los indígenas de la ciudadanía y la privatización de sus tierras comunales y ejidales. Esta forma de desarrollo de la tradición, que era muy reciente, lleva a concluir que tanto la tradición liberal como la conservadora o la republicana tuvieron serias dificultades para establecerse en Nicaragua.

Dicho esto, queda un punto importante a dilucidar de la lectura del libro: la tradición pactista. Nicaragua se muestra en el libro como un país dividido, donde no se consolidó el concepto de oligarquía como es el caso de El Salvador y Guatemala. Incluso el control de León y Granada fue roto por Rivas o Managua. En Nicaragua estamos ante un caso donde se puede hablar a lo sumo de oligarquías regionales o mejor de élites regionales dirigidas por sus caudillos. La cultura política fue intolerante como lo fue en otras partes de América Latina. Por ello, la Constitución definió el pacto o contrato social y colapsó constantemente. Fue necesario entonces el mecanismo del gobierno provisorio mientras se definía el nuevo poder en base a las nuevas adhesiones. Por medio de este mecanismo se trascendió del Contrato Social fundador de una constitución a una cultura pactista del pacto coyuntural. Y parece ser que Nicaragua encontró en este mecanismo una forma permanente de resolver sus disputas. Dichos pactos no responden a divisiones ideológicas sino a los intereses de los caudillos de turno y a los intereses de grupos. Desde esta perspectiva, la lectura del libro hace una gran contribución para explicar esta cultura pactista que no responde a intereses ni a ideologías.

Finalmente hay una pregunta que el libro no responde, pero que insinúa su respuesta. ¿Sigue Nicaragua sumergida en las prácticas políticas del siglo XIX? A juzgar por la influencia de los caudillos en el siglo XX, por la pervivencia de la cultura pactista coyuntural y por el predominio de los intereses de facciones sobre el interés nacional se puede contestar que sigue presa de las prácticas y tradiciones políticas del siglo XIX. Es decir que no tiene un sistema político moderno. El libro de Avendaño sienta las bases para llegar a esas conclusiones y a una mejor comprensión de la historia contemporánea de Nicaragua y América Central. Por lo tanto, se recomienda con la mayor convicción su lectura y su uso como texto sobre la práctica política híbrida de instituciones del antiguo régimen y la modernidad.

Adolfo Bonilla Bonilla, Universidad de El Salvador
abonillaespinoza@gmail.com

Patricia Foxen, *In Search of Providence: Transnational Mayan Identities*. Nashville: University of Vanderbilt Press, 2007. xxiv + 358 págs. Apéndice, notas aclaratorias, bibliografía e índice. US\$ 34.95 (en rústica), ISBN: 978-0-8265-1581-0.

El creciente número de inmigrantes y el reconocimiento de la magnitud de dicho fenómeno han provocado el surgimiento de muchas versiones informativas sobre estas comunidades transnacionales emergentes. Entre estos relatos, este libro sobresale como una versión etnográfica muy rica que discute aspectos políticos y étnicos muy importantes con un notable nivel de conocimiento y delicadeza. Atraída por la antropología luego de su participación en trabajos de solidaridad en la década de 1980, Patricia Foxen termina viajando entre Guatemala y Nueva Inglaterra de forma muy similar a la forma en que lo hicieron los maya k'iche's, con quienes trabaja por la siguiente década. Ella documenta las experiencias trágicas que los desterraron de sus natales tierras altas y las circunstancias igualmente difíciles que enfrentan en Rhode Island. El producto de su trabajo es un libro elocuente y conmovedor que nos permite entender la naturaleza y las complejidades de la migración contemporánea.

Los relatos personales de hombres y mujeres k'iche's, así como las revelaciones de la autora, ilustran los desafíos y oportunidades intrínsecas de los crecientes espacios y los largos viajes de un pueblo muy transnacional. Al mismo tiempo, ella cuestiona muchas versiones que antes eran comúnmente aceptables. Una pregunta que intriga cada vez más a Foxen, a medida que estudia a los k'iche's en el tiempo y el espacio, es la siguiente: ¿Qué significa ser maya? A lo largo del libro, discute las determinantes y la dinámica compleja de la génesis étnica. A medida que se adentra en el texto, Foxen relata cómo la historia indígena, tanto a nivel local como regional, ha sido notablemente modificada por la prolongada opresión y la deshumanización, confrontadas por varias formas de resistencia al dominio estatal y externo. Estas medidas iban desde una postura de reserva pública y conformidad hasta estrategias de migración; lo cual explica las huidas a las montañas, a México o más lejos durante y después de la guerra civil que causó estragos en el interior del país, especialmente entre los años 1978–1984. Los desplazamientos de la población tienen impactos fuertes y duraderos. No menos importantes entre dichos efectos está la reconversión de las identidades y de las instituciones a través de tales movimientos. Con el paso de los años, y a medida que las relaciones sociales y las memorias se desvanecen, también se desvanece el sentido de pertenencia. Ciertamente, el concepto actual de identidad étnica desafía la categorización binaria tradicional de “indios versus no indios”. Más bien, la etnicidad es cada vez más híbrida, arraigada y novedosa, y se manifiesta en un sinnúmero de nuevas permutaciones.

La atención que presta Foxen a sus propios viajes intelectuales y emocionales pone en claro las transformaciones que ella percibió en la comunidad k'iche' en expansión. Ella enfrenta múltiples obstáculos y reacciones de sospecha, primero en el pequeño pueblo del altiplano, luego en las extensiones de la comunidad en Nue-

va Inglaterra. En un contexto de post conflicto, era de esperar una cultura de miedo generalizado. La desconfianza hacia los investigadores, y hacia entidades pro derechos humanos en general, es comprensible en medio de las incógnitas que emanan de la violencia que imperó en las tierras altas de Guatemala. Pero aun después de la firma de los Acuerdos de Paz, persiste el murmullo como un lubricante social entre quejas de que los investigadores son cómplices de agentes contrarios a las comunidades, tanto en las tierras natales como en el incierto mundo transnacional. Mientras enfrenta estos desafíos, Foxen cambia sus propios puntos de vista sobre su papel y su representación y llega a apreciar los matices adversos e incluso el humor negro que la gente usa para referirse a aspectos polémicos e indignos de su pasado trastornado.

La etnografía inicia con base en una descripción de la comunidad de las tierras altas que era menos unida que los tipos idealizados de comunidades corporativas “cerradas” que describe la literatura. Las divisiones internas y las fronteras cambiantes sirven de parámetro para evaluar los movimientos subsiguientes y más largos hacia Providence, Rhode Island, que ellos llaman “la costa norte”. Entre las experiencias y las palabras de las personas que se encuentran en y entre la sociedad natal y la ciudad anfitriona, emerge el tema agridulce de estar “entre aquí y allá”. “Me siento feliz de estar aquí y triste porque ellos están allá”, dice una persona cuya familia y amigos se encuentran lejos y que se quedan allá por muchísimo tiempo (pág. 145). La tendencia actual de la situación y el pragmatismo que por mucho tiempo presagió una Mesoamérica agraria propician el aumento de la incertidumbre asociada a la desintegración causada por la migración. En ese sentido, y de manera proporcional, las memorias se van corrigiendo y las identidades se van reinventando.

La vida en Providence sigue siendo dura, aunque los peligros particulares, las deudas, la rutina de trabajo y las amenazas de los desastres naturales puedan ser diferentes. Cuando nace un niño y se arraiga en los Estados Unidos, en vez de abrigar esperanzas de regresar, las presiones de los padres se convierten en sufrimiento y vergüenza por su cultura de origen. Además, su estatus comúnmente ilegal les preocupa y los estigmatiza e incluso llega a incriminarlos. En términos psicológicos, las personas muestran esperanzas exageradas mientras que niegan los riesgos de fracasar. En términos sociales, las familias sufren cambios en sus patrones de respeto y confianza; también temen perder sus valores y conocimientos tradicionales. Los conflictos son exacerbados dentro de la comunidad, algunos por antecedentes de enemistades y divisiones relacionadas con la emigración que inició en la década de 1980.

Sin embargo, junto a esta vulnerabilidad, también se percibe un segundo aspecto: las tremendas potencialidades de las personas que descubren en sí mismas importantes destrezas transnacionales para anclarse, establecer redes de contacto y cambiar. Hay un elevado liderazgo de la juventud. Las relaciones interétnicas, la flexibilidad y el ajetreo los llevan a nuevas prácticas. Con casi un quinto de las

familias que viven en Guatemala involucradas en el fenómeno de la migración internacional, las nuevas interpretaciones y afirmaciones tienen enorme poder y alcance. Fuera de las contradicciones, y las hay en cantidad —tanto en la zona rural de Guatemala como en la Norte América metropolitana—, las estrategias emergentes de identidad híbrida son en última instancia las que mantendrán a este grupo de indígenas flotando entre múltiples mundos, forjando sus nuevas y complejas vidas.

James Loucky, Western Washington University
James.Loucky@wwu.edu
(Traducción de Benjamín Menjívar)

Lynn Stephen, *Transborder Lives: Indigenous Oaxacans in Mexico, California, and Oregon*. Durham, North Carolina: Duke University Press, 2007. xxii + 375 págs. Fotografías, mapas, cuadros, notas, bibliografía e índice. US\$ 84.95 (en tela), ISBN 978-0822339724 y US\$ 23.95 (en rústica), ISBN 978-0822339908.

Transborder Lives investiga la nueva oleada de inmigrantes mexicanos —población indígena del sur de México— a Estados Unidos. El libro refleja más de veinte años de investigación de la autora entre los zapotecas y su trabajo más reciente con los mixtecos de Oaxaca. Stephen vive y trabaja en Oregon, donde se ha convertido en una destacada activista en pro de los derechos de los inmigrantes. No cabe duda de que la antropóloga-activista, al igual que los sujetos de su libro, vive una existencia transfronteriza. La metodología del libro constituye un excelente ejemplo de etnografía multisituada. Stephen recopiló datos empíricos en los dos lados de la frontera, tanto en las comunidades de origen en San Agustín Atenango (mixtecos) y Teotitlán de Valle (zapotecas) como en las comunidades de destino en Los Ángeles, California y Woodbury, Oregon. El libro, teóricamente persuasivo, enmarca a los emigrantes/inmigrantes desde una perspectiva “transfronteriza” para destacar los múltiples tipos de fronteras —de género, raza, clase, origen étnico y nacionalidad— que cruzan los inmigrantes mientras construyen comunidades trans-locales, transnacionales y virtuales. De ahí que la obra de Stephen trate de importantes temas políticos como la ciudadanía cultural, los derechos legales y las “nuevas posibilidades políticas y culturales de pertenencia simultánea a múltiples localidades” (pág. 28).

En el Capítulo Dos, Stephen le recuerda al lector que las políticas de inmigración de Estados Unidos han dado lugar a fronteras cada vez más militarizadas, donde quedan reflejados el peligro y la muerte en los cuerpos del “nuevo sujeto mestizo”. Según la autora, los riesgos relacionados con el cruce de fronteras son

mayores para los indígenas mexicanos que regresan periódicamente a sus municipios con el objeto de servir en el sistema de cargos civiles y religiosos propios de sus usos y costumbres. Stephen demuestra la manera como el sistema de cargos influye en los patrones migratorios, pues los indígenas mexicanos cruzan la frontera con mayor frecuencia que el “sujeto mestizo” promedio.

Los Capítulos Tres y Cuatro presentan una breve historia de los mexicanos en Estados Unidos y las políticas migratorias de este país, incluyendo el Tratado de Guadalupe Hidalgo, el Programa Bracero, las deportaciones de 1929, la Operación Espaldas Mojadas, la Asociación Nacional de Trabajadores Agrícolas y los programas de amnistía como *Immigration Reform and Control Act* (IRCA) y *New Opportunities for Workers* (NOW). Stephen atribuye la rápida aceleración de la emigración mixteca y zapoteca a la grave crisis económica que padece México desde mediados de la década de 1990, a raíz del establecimiento de políticas económicas neoliberales y del NAFTA. Desde 1995, los patrones migratorios han dejado a las comunidades mixtecas de Oaxaca casi vacías o como pueblos fantasmas.

El Capítulo Cinco plantea que los emigrantes/inmigrantes oaxaqueños viven en un marco de contradicciones. A pesar de estar sometidos a observación y vigilancia en el trabajo y en sus comunidades, tratan de permanecer invisibles en los lugares públicos. La autora argumenta que las políticas migratorias de Estados Unidos, sobre todo después del 11 de septiembre de 2001, han creado un constructo de “inmigrante ilegal” según el cual se considera ilegales a quienes sean diferentes de la sociedad en general en términos étnicos y raciales. Stephen también señala que quienes reclutan mano de obra ahora viajan hasta el sur de México para buscar trabajadores más marginados. Los que no hablan español desarrollan mayor dependencia de sus empleadores, pues se ven obligados a pagarles el costo del “cruce” y también por la alimentación y el alojamiento que reciben. Si los trabajadores se quejan cuando se revisa su productividad, los empleadores amenazan con llamar a la migra. La autora afirma correctamente que los trabajadores indígenas de origen mexicano luchan por sobrevivir en condiciones de esclavitud moderna.

Stephen estudia las variables migratorias de género, raza y origen étnico en los Capítulos Seis y Siete, y ofrece ejemplos muy buenos de los cambios provocados por la emigración en los papeles de género: muchos hombres que emigran dejan a sus esposas en México y las mujeres se ven obligadas a trabajar por primera vez; otras parejas emigran juntas y ambos cónyuges trabajan a tiempo completo, lo cual obliga a los hombres a efectuar algunas tareas domésticas por su cuenta; por lo general, las mujeres que emigran dejan a sus hijos a un enorme costo emocional. En el Capítulo Siete se analiza la manera como la opresión racial en México ha llevado a los mixtecas y zapotecas a crear una identidad panindígena que se ha reproducido en Estados Unidos, donde los latinos se refieren a ambos como “oaxaquitos” (pág. 213). Stephen termina el capítulo con un examen de las nuevas alianzas e identidad política común que han forjado los indígenas mexicanos y los pueblos nativos de la Costa Oeste de Estados Unidos.

En los Capítulos Ocho y Nueve se describe la manera como los indígenas oaxaqueños se organizan en México, Estados Unidos y el ciberespacio. Stephen se centra en el Frente Indígena Oaxaqueño Binacional (FIOB) y los Píneros y Campesinos Unidos del Noroeste (PCUN), que ayudan a los trabajadores agrícolas indígenas a obtener amnistía y mejores condiciones laborales. En 1992, el personal de PCUN observó que las mujeres zapotecas y mixtecas presentaban cada vez más denuncias de maltrato conyugal y acoso sexual en el lugar de trabajo. Como resultado de esta situación, PCUN les ayudó a formar una organización independiente sin fines de lucro de mujeres indígenas, llamada Mujeres Luchadoras Progresistas (MLP). La MLP empezó a realizar reuniones de sólo mujeres y las animaba a participar en cargos de liderazgo, influencias que se han trasladado ahora a grupos de mujeres indígenas en Oaxaca. El Capítulo Nueve, que es el más interesante, describe en detalle las nuevas formas en que los emigrantes mixtecas y zapotecas utilizan la tecnología digital (la Red) para recrear sus redes de parentesco y apoyo, y su propia cultura popular.

Esta nueva obra de Stephen logra reforzar la idea de que el movimiento de personas a través de las fronteras es característico del proceso de globalización y que el mercado laboral de inmigrantes está segmentado por raza y género. Las partes del libro que más disfruté fueron las conmovedoras historias de cómo los emigrantes mixtecas y zapotecas cruzaron la frontera —un hombre vivió clandestino en una cueva (pág. 36)— y los impresionantes mapas de las “rutas migratorias” desde Teotitlán y San Agustín hasta la Ciudad de México y Estados Unidos (págs. 104, 105, 109, 112 y 115). Aunque el libro podría haber sido mucho más corto, constituye una sólida contribución a los estudios sobre la emigración mexicana a Estados Unidos. Recomiendo la lectura de *Transborder Lives* para los cursos de posgrado de los programas de estudios latinoamericanos, antropología, estudios sobre Estados Unidos y estudios indígenas.

Laura Hobson Herlihy, University of Kansas
(Traducción de Margarita Cruz)